



LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

SUSTO

O

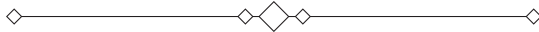
MUERTE

TERRORES NOCTURNOS

Luciérnaga

LORENZO FERNÁNDEZ
BUENO

SUSTO O MUERTE



TERRORES NOCTURNOS

EDICIÓN CORREGIDA Y ACTUALIZADA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Lorenzo Fernández Bueno, 2021.
© de las fotos de interior: archivo del autor y archivo de la revista *Enigmas*
© de la foto de cubierta: © Shutterstock / Nerthuz

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: febrero de 2022

© Edicions 62, S.A, 2022
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-95-3

Depósito legal: B. 17.507-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| A modo de introducción. | 13 |
| Capítulo 1. Los ojos del cabrón | 15 |
| Capítulo 2. A los pies de la cama | 37 |
| Capítulo 3. La huella del lobo | 61 |
| Capítulo 4. El espejo del pasillo | 89 |
| Capítulo 5. El árbol negro | 111 |
| Capítulo 6. El balneario | 133 |
| Capítulo 7. La dama blanca | 157 |
| Capítulo 8. La presencia. | 193 |
| Capítulo 9. El hombre del saco | 209 |

Capítulo 1

LOS OJOS DEL CABRÓN

Hay lugares que están malditos porque no les queda más remedio, sitios en los que la mitología se funde con la superstición, creando un auténtico bestiario de seres demoníacos, monstruos de pesadilla que, para los habitantes del lugar, son tan reales como las líneas que ahora estás leyendo. La historia que nos ocupa tiene en su principal protagonista el reflejo fiel de aquello con lo que no nos gustaría cruzarnos, menos aún caída la madrugada...



La fuerte lluvia se llevó parte de la sangre, y con ella el dolor que la profunda herida estaba causando en las carnes abierta de Juan Tomás. La madrugada se estaba echando encima, y acompañándola, el frío. El viento parecía susurrarle al oído que de aquella no salía; que al amanecer estaría charlando en algún rincón del otro lado con sus antepasados.

No era hombre de creencias. Su vida era un rebaño de algo más de setenta ovejas, y su mundo, los agrestes parajes del Valle del Silencio entre las cumbres de los montes de Carcavia. Pero él, hombre acostumbrado a recorrer estos senderos durante la noche, sabía que había historias cargadas de retórica que los ancianos, los más antiguos, contaban al calor de la lumbre, sin gritar demasiado por miedo a que los escucharan...

Juan, sin embargo, creía en él y poco más. Tiempo atrás ya se topó de bruces, cerca de la alquería de San Pedro de Zarajote,

con aquella bestia de ojos encendidos. «El diablo», dijo madre Matea, pero él pronto lo atribuyó a los efectos, estos sí más que demoníacos, del licor de madroño. ¡Cómo entraba el condenado! Y qué falta le hacía en estos instantes para frenar la hemorragia, o por lo menos, para calmar el dolor que ya empezaba a sobrepasar lo humanamente soportable...



Juan había pasado por la vida demasiado aprisa, casi siempre por delante de esta. Muchacho inquieto, su futuro siempre estuvo en la gran ciudad. Al menos, su sueño era marchar algún día de aquella triste aldea de montaña y así demostrar que sus posibilidades terminaban donde su voluntad desease. Pero esta era demasiado tozuda, por lo que no conocía límites.

Aquella madrugada estaba nevando. El año 1947 dejaba este mundo y se despedía cubierto por un fino manto blanco. Juan, como en tantas ocasiones, cerraba la taberna de Julián, «el Moro», un antro oscuro y lleno de mierda, pero al fin y al cabo recogido y con una estufa que derretía el frío cautivo en los doloridos huesos. Algo tocado por el alcohol, se despidió de su anfitrión, ese cabrón con los dientes destrozados y la cara tan colorada que parecía el mapa de La Rioja, y enfiló como pudo la única calle que dividía el pueblo en dos. Conforme avanzaba, iluminado por la luz tenue de las viejas farolas, iba entrando en razón; porque en esos instantes precisamente la razón le estaba jugando malas pasadas. El silencio, roto en ocasiones por el viento gélido que provenía de la alta montaña, le empezaba a aturdir. Su sombra se alargaba más y más conforme marcaba con sus grandes botas el barro del camino. Y empezó a sentirse inquieto, percatándose de que algo o alguien le estaba siguiendo. Pero allí no había nadie; ni tan siquiera se oían los pasos del perseguidor. Juan aceleró consciente de que la inquietud empezaba a crecer, transformándose poco a poco en un sentimiento desconocido para él. ¿Miedo? No. Siempre se había pavoneado de ser una persona valiente. Pero ¿acaso no era de cobardes no reconocer que podía estar experimentando ese sentimiento?

Confuso por sus propias reflexiones, salió de la calle principal, entrando en un pequeño sendero. Al fondo, junto a la curva que conducía a la población de Boscoso advirtió las luces de su casa. Ya quedaba poco. Fue entonces cuando algo en su interior le gritó que corriera..., y así lo hizo. Tambaleándose por el fuerte viento y los efluvios de un aguardiente que poco a poco se iba haciendo con cada poro de su ser, casi tocó la puerta de madera cuando oyó, demasiado cerca, una voz ronca que gritó en mitad de la madrugada. El desesperado lamento le penetró hasta el alma.

«¡Madre, padre! ¡Abran, que me lleva!», gimió desencajado.

En el interior del hogar no había vida. Nadie escuchó la súplica. Fue entonces cuando, dirigiendo la mirada hacia la oscura madrugada, apreció la gigantesca silueta de un ser corpulento, encorvado y siniestro que se aproximaba lentamente, sin prisa, disfrutando del horror que estaba provocando al pobre borracho.

«Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino...»

La oración fue interrumpida por un nuevo lamento, más profundo, tan hiriente como la hoja de una saeta, salido de las entrañas de los mismísimos infiernos. Y entonces el extraño paseante le increpó...

«¡Juan, es que no me conoces!»

Quedó espantado. Las órbitas le salían de las cuencas, la garganta se le secaba por momentos. El terror era tal que le impedía emitir la más mínima llamada de auxilio. El pobre desgraciado había quedado paralizado por el miedo. El ser se aproximaba despacio, sin prisa, porque sabía que su víctima a estas alturas estaba neutralizada por un veneno tan atávico como humano. Sin embargo, Juan, agarrándose con fuerza al instinto de supervivencia, sacó fuerzas de flaqueza y cogiendo un azadón que se apoyaba junto a la ventana, se dirigió aterido por el miedo, pero con paso firme, hacia aquel espanto. Y así, con la noche como testigo único del atroz encuentro, lo golpeó no una, ni dos, ni diez veces... Los gritos desesperados de la criatura pronto despertaron a los vecinos. Pero nadie se atrevió a acudir en su ayuda; a los fantasmas nadie les presta auxilio.

Al cabo de unos minutos, el silencio se apoderó nuevamente del entorno. La sombra yacía sobre la nieve, inmóvil, agarrotada. Juan, liberada al fin la tensión acumulada, le propinó dos patadas en lo que debía de ser el rostro.

«¡Muere, cabrón! ¡Muere, hijoputa!»

Así, observando con detenimiento el lugar de los hechos, giró la cabeza hacia la luna, que aquel día lucía un amenazante tono rojizo, cerró los ojos y comenzó a repetir una extraña letanía.

«He matado a la “pantalla”. ¡He acabado con un espanto!»

No pasaron demasiados segundos hasta que Paca, su madre, alertada por los gritos del muchacho, fue a su encuentro. Las lágrimas afloraron al rostro de la anciana con tal virulencia que Juan quedó mudo. ¿Qué pena tan atroz consumía a la mujer? ¿Por qué había corrido a abrazar a la moribunda criatura? Sorprendido por la escena, ebrio de ira y de alcohol, no tuvo tiempo para más preguntas. Paca, observando con desesperación los paños negros que cubrían aquel montón de carne muerta, alzó los brazos a la negra noche, expulsando un gemido que salió con tal fuerza de su garganta que se apoderó de todo el valle. Porque solo así grita una madre que ha perdido a su hijo...

«¡Has matado a tu hermano! ¡Juan, has matado a tu hermano! ¡¡Nooooooooo!!»

Fueron años de constante reflexión. La reja invita a ello, qué duda cabe. En todo ese tiempo, Juan jamás pudo hallar una explicación a lo que ocurrió aquella maldita madrugada. En ocasiones, su madre, por tres veces envejecida en apenas diez meses, acudía a llevarle algo de pan, mantequilla y tabaco. No cruzaban palabra; en realidad, sus lágrimas perpetuas no invitaban a mantener conversación alguna y él era plenamente consciente de ello. La mujer, atrapada por el color negro, lo miraba triste y con resignación, intentando lograr esa respuesta que le diera la paz que en estos turbios tiempos no había tenido ni un instante del día. Había perdido de un plumazo a sus dos hijos, y eso era demasiado para una sola vida.

«Madre, ¿y padre? ¿Sigue en cama?» , preguntó Juan con miedo a recibir una mala contestación.

Pero era como hablar con un muro. Con la misma premura con la que pedía al carcelero que la dejase acceder al recinto,

abandonaba aquel reino de sufrimiento y tinieblas. Entonces, Juan era consciente de que habrían de pasar muchas vidas para pagar su culpa. Y lo que es más, mucho tiempo para que fuera finalmente perdonado. El maldito alcohol lo traicionó aquella noche. Él, que tanto amor había manifestado hacia la botella, se veía ahogado en el interior de esta. Sabía de su terrible error, pero en sus adentros algo le repetía una y otra vez que el despreciable ser al que atacó no era Teo, su rechoncho y abominado hermano pequeño. Sea lo que fuere, adoptó la identidad de este para enviarlo directamente al infierno, el lugar donde en esos momentos se encontraba.



En la pequeña aldea pocos eran los que podían dar crédito a lo ocurrido. Dos hermanos de una de las familias más respetadas habían protagonizado el episodio más trágico de la historia del lugar.

—Lo mató de un hachazo en la cabeza... —aseguró Eusebio Iglesias.

—No, fue con un martillo de obra, y le partió el cráneo en dos —matizó Irene Rueda.

—Que no, que después de «treparlo» al suelo le destrozó las sienes con una piedra de gran tamaño —concluyó Julián Sendín.

Añadidos y despropósitos pronto se unieron a un suceso difícilmente explicable. Y como si de una canción macabra se tratase, los jóvenes y los ancianos disfrutaban escuchando en las plazas de los pueblos los puntos más escabrosos de una historia condenada a perpetuarse como el mejor y más terrible de los romances de ciego. Pero nadie habló de nada más; todos obviaron la palabra de Juan, que después del tiempo transcurrido seguía repitiendo una y otra vez frente a la estampa del Sagrado Corazón que había en su celda que no mató a su hermano; al menos, no en el momento en el que, llevado por la ira y por el instinto de supervivencia, decidió enfrentarse al *macho lanú*, el demonio que esa madrugada se lo quiso llevar, solo Dios sabe dónde y con qué intenciones.

La historia se diluyó entre la culpa de un borracho que parecía defender lo indefendible, y la mayoría, que lo veía como un terri-

ble asesino. Así fue hasta que el viejo Eusebio, el castaño más anciano de la localidad, apareció una fría mañana de febrero congelado a la puerta de su casa. Desmayo o licor fueron las opciones barajadas hasta que don Gregorio, el médico del pueblo, se acercó a casa de Josefa, su esposa, a ver en qué estado se hallaba el cadáver. Y lo que vio no pudo olvidarlo en la vida. Allí, tumbado sobre la cama y en un prematuro estado de descomposición, posiblemente propiciado por el calor de la estufa de leña, Eusebio permanecía con los ojos abiertos, de tal modo que casi saltaban de las cuencas, inyectados en un rojo demasiado intenso, y la boca emitiendo el grito silencioso que horas antes no llegó a pronunciar, paralizado por un horror que a altas horas de la madrugada, cuando regresaba de recoger castañas, acabó con su cordura.

El médico se dirigió al lavabo para vomitar. No pudo aguantarlo. Aún así regresó al salón.

«¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido a este desgraciado? ¿Qué le ha pasado?», preguntó ante la mirada compungida de los presentes.

En esos momentos, con el alma partida, Josefa miró al doctor. Los surcos grises de sus ojos eran la prueba palpable de que para la mujer había llegado el final de su existencia. Ya no había motivos para seguir adelante. Con la marcha de Eusebio, lo había perdido todo. Aun así suspiró, alzó la vista y murmuró algo.

«Con el *tío del bronci*, don Gregorio, con el *tío del bronci*.»

Como si hubiera pronunciado una palabra maldita, se santiñó y agachó nuevamente la cabeza. Aquello sonaba a superstición de antiguos. Él, hombre de ciencia, no podía dejarse llevar por mitos y leyendas, por muy arraigados que estuvieran en las costumbres y tradiciones de las gentes de la comarca. La explicación debía de estar en otro sitio al que el buen médico no había podido acceder aún. De nuevo, la mirada de aquellos ojos desencajados le heló la sangre. Eusebio, entrado en años y castaño nocturno, sabía muy bien a qué debía de estar ojo avizor cuando caían las sombras. Sea lo que fuere, le había cogido desprevenido. Fuera lo que fuese...

«Don Gregorio, en las cinchas de la bestia mi esposo dejó escrito con la navaja cuatro o cinco palabras, una frase que no le dejaron terminar», reveló Josefa ante la sorpresa del médico.

¿Una frase? De qué estaba hablando. El desgraciado, casi analfabeto, había tenido tiempo para dejar un aparente testimonio de lo ocurrido. ¿Qué intención podía perseguir un moribundo al grabar varias palabras en la montura del caballo, en momentos en los que debía de estar encomendando su espíritu a todos los santos?

Dispuesto a desentrañar el misterio, con paso firme se dirigió hacia las caballerizas. Allí, un viejo mulo permanecía tranquilo recostado sobre la paja. Era ajeno al extraño encuentro de su amo. Junto a él, alguien había colocado con sumo escrúpulo las sucias y envejecidas cinchas. Y allí, cuando la noche se cernía nuevamente sobre los tejados de pizarra de San Pedro de Zarajote, fue consciente de la gravedad de la situación. Sobre el cuero, grabado con pulso tembloroso, la víctima, hombre honrado y valiente en el día de ayer, frío y muerto en el de hoy, dejó escrito: «Eusebio, ¿es que no me conoces!».



Intentando esquivar el dolor, Juan Tomás suspiró aliviado al comprobar que, descendiendo por el sendero de los Cañizares, el menos pedregoso, su fiel perro *Divo* conducía el rebaño. Si todo iba como debía, en dos horas llegaría a la aldea, poniendo sobre aviso a sus vecinos de que algo no marchaba bien en las alturas. Fue un instante fugaz, pero tan intenso como para que el temor se apoderara de su alma. Y es que pocos eran los que lo miraban con buenos ojos después de que purgara sus culpas en la cárcel. Había cumplido con la justicia, pero no parecía ser suficiente para los habitantes de una aldea que lo veía como a los sacramantecas que aterrorizaron las madrugadas de los antiguos. ¿Y si nadie iba en su auxilio? ¿Y si pensaban que era la oportunidad de deshacerse de él para siempre? «Que se vaya al infierno», dijeron; «que se pudra entre rejas», gritaron. ¿Por qué lo iban a socorrer? ¿Acaso tenían motivos para ello?

Despertó de sus pensamientos al comprobar que el saco que permanecía a pocos metros de donde se encontraba se movió.

«Puta bestia, por tu vida me veo con la muerte rondando», murmuró.

Comenzó a nevar. Como pudo se colocó las alforjas cubriéndose hombros y espalda. Allí, entre dos rocas, supo que si caía una fuerte tormenta, o venían pronto a por él o moriría congelado.

Tiempo atrás saltaba, como ya hiciera de niño, por estos pedregales. Entonces lo hacía acompañado de su hermano, y hasta hacía unas horas junto a su perro, el único que lo comprendía y amaba sin pedir nada a cambio. En el alto del Campillo, seguro de que las nubes amenazaban nieve, decidió emprender el camino de regreso. No era un buen sitio para quedar aislado. Junto a la cruz de Requena se sentó para descansar; era mucho el trayecto que aún quedaba hasta llegar a su hogar. Fue entonces cuando se percató de que faltaba una oveja. ¿Cómo era posible? *Divo* y él hacían un equipo magnífico, capaces de cubrir todos los flancos de este rebaño.

Desde que decidiera ganarse la vida honestamente y dejar de lado los diabólicos licores, que le provocaron tanta desgracia en otro tiempo, el ganado se había convertido en su único medio de subsistencia.

Paca, su madre, y José, su padre, ya no se encontraban junto a él. Demasiadas penurias y padecimientos acabaron con la vida de ella de un infarto fulminante. Él, incapaz de sobrevivir sin su esposa, víctima de una profunda depresión, un mal día fue hallado en la plaza del pueblo colgado de la cuerda que cada domingo hacía sonar el badajo de la campana de la iglesia. Meses más tarde, Juan se tuvo que enfrentar a la cruda realidad, rechazado por los suyos, sin seres queridos a los que cuidar; solo en el mundo.

Así, estos animales se habían convertido en su apoyo moral y sustento vital. Por eso, que faltara una era sinónimo de dos o tres días sin comer. El animal estaba preñado, y en el mercado de Plasencia eso suponía un buen dinero.

Nervioso, sintiendo cómo los fríos se acercaban conforme el sol se iba escondiendo tras el pico Cantón, fue consciente de que únicamente tenía dos opciones: o seguía camino y perdía la ove-

ja, o se fiaba de *Divo* y lo enviaba con el resto del rebaño al corral del pueblo, y él se quedaba para buscar el animal extraviado. Lo animó el pensar que muy cerca, a menos de una hora de camino, se encontraba el refugio de Cascabeles. A las malas, siempre podía pasar allí la noche, y seguro que alguien antes que él ya había dejado, como correspondía a quien hiciera uso antes, varios fardos de leña listos para dar lumbre y calentar la estancia. Sin pensarlo más, de dos silbidos indicó al perro que marchara. *Divo* lo miró con ojos tristes, giró la cabeza y empezó a ladrar. Rápidamente los animales obedecieron e iniciaron el descenso.

Él empezó a ascender, removiendo las jaras, consciente de que camino solo había uno, por lo que, de estar malherida, debía de permanecer en algún recodo del sendero.

Cada ciertos minutos silbaba con fuerza. El animal identificaría el sonido y reclamaría su atención. Y así fue. La noche empezaba a adueñarse de los agrestes parajes cuando, a lo lejos, escuchó un balido lastimero. Paró en seco, evitando pisar los cardos para escuchar mejor de dónde procedía la llamada de auxilio. El viento venía en contra, por lo que resultaba difícil ubicarla. Y de nuevo el grito descarnado, que más que balido parecía lamento de niño. Juan no quiso sugestionarse ni dejarse llevar por el entorno, y aceleró el paso.

«¡Allí está!», gritó eufórico.

Sintió alivio, primero por hallar la oveja, y segundo por comprobar que, efectivamente, los lamentos procedían de esta. Y es que parecía tener la pata trasera izquierda partida. Ahora sí, más tranquilo, desató el saco que agarraba con fuerza a su cintura y la introdujo en él. La echó a las espaldas y continuó la ascensión.

Treinta minutos más tarde, con la noche cubriendo sus cabezas, llegó al refugio, una pequeña construcción de piedra a pocos metros de la cumbre, protegida de los vientos por un abrigo de montaña. Empujó con fuerza la madera que hacía las veces de puerta, y a la tercera consiguió que cedieran las bisagras. Ya en el interior soltó con delicadeza el fardo, abriendo la parte superior para que el animal pudiera respirar, y acumuló varias ramas y un tronco de pino con los que aguantaría hasta el amanecer. El chis-

quero se resistía a soltar la chispa, pero tras mucho insistir el fuego iluminó el lugar, dando al entorno una apariencia más cálida.

Ahora sí, el pastor examinó la herida de la oveja. Al parecer metió la pata entre dos piedras y al intentar desasirse la partió. Tras dejarle algo de comida fue a azucar la lumbre. En esos instantes se vio en el pellejo del tío Rosillo, en este mismo lugar, pero en un tiempo más supersticioso y duro. Decían los ancianos que cuando el veterano pastor quedó aislado por las nieves, allá por 1890, se vino para este refugio, que antes era redil, y al caer la noche encendió un fuego. Los fríos entonces eran aún más intensos, por lo que a pesar de la hoguera, el pobre hombre no entraba en calor. Ya de madrugada, a través del ventanuco pareció caer en la cuenta de que una sombra rondaba el viejo redil, y a gritos preguntó de quién se trataba.

Al poco, unos pequeños golpes advirtieron que alguien pedía entrar para refugiarse de la nevada. Rosillo, hombre de temple, invitó al desconocido a pasar. La portezuela se abrió con un crujido intenso, y a continuación, una mujer de baja estatura, cubierta de negro hasta los cabellos, entró en la estancia. No saludó, ni levantó la cabeza; en realidad salvo caminar hacia la hoguera no realizó gesto alguno. Extrañado, el buen pastor pensó que se trataba de una monja que se dirigía al monasterio de Sion, a menos de un día atravesando las sierras, por lo que respetó su silencio.

Fue, precisamente, al avivar la lumbre cuando el corazón se paró y empezó a temblar. Atónito, aún tuvo tiempo para exclamar: «¡Pero si tiene patas como las cabras!». El extraño ser lo miró desde la profundidad de sus pavorosos ojos rojos y a velocidad inusitada abandonó el recinto.

Cuentan que el tío Rosillo enloqueció, pese a lo cual acabó sus días asegurando una y otra vez que aquella mujer tenía patas como las cabras...



Juan esbozó una sonrisa.

«Pobre viejo. ¿Qué imaginaría? El frío le confundió y vio lo que no existía», aseguró dubitativo.

La oveja se giró en el interior del saco. Los balidos cesaron y se hizo el silencio. De su zurrón extrajo un pedazo de pan de centeno y algo de queso. El claqueteo de la navaja al abrirse le hizo adquirir cierta seguridad. No por miedo a espantos ni diablos; los lobos eran de carne y hueso, y si tenían hambre, sabían bien cómo y dónde buscar alimento.

«¿Quién hay ahí fuera?», gritó de repente, a la vez que miraba hacia la ventana del refugio.

Fue fugaz, casi imperceptible, pero a través del agujero que se abría en la pared percibió la sombra de alguien que caminaba en el exterior. A estas horas, y con la que caía, ¿quién estaba tan loco? Las sombras del fuego en la piedra parecían iniciar una danza fantasmal, como si de las llamas salieran las almas de los que se consumían en un infierno, qué duda cabe, más cálido que estos parajes. De nuevo apreció la presencia. Era evidente que alguien estaba merodeando por el exterior. El miedo le sobrevino. No era normal que aquel desconocido no llamara a la puerta, o al menos no expresara sus intenciones. Atento al ventanuco, tuvo tiempo de ver cómo a lo lejos, unos metros más adelante junto a un centenario pino, una sombra permanecía estática, observándolo. Sin pensarlo dos veces, confiando en su profundo conocimiento de los senderos que partían en pedazos estas montañas, se echó el saco a las espaldas, cogió un leño que ardía bien y salió al exterior. Unas gotas de sudor, frío como el entorno, recorrieron sus mejillas. Alumbró a un lado y a otro del sendero, pero allí no había nadie. Preso del miedo inició el descenso, desenfrenado, sin atender a las afiladas piedras que sembraban el camino. El animal, en el interior del saco, no emitía sonido alguno.

La llama se apagó; ahora tenía que poner a prueba sus años de recorrer estos terrenos, en plena oscuridad, sin más guía que su propia intuición. Pero esta falló... A estas alturas la poca nieve se había transformado en fuerte lluvia, y un resbalón le hizo precipitarse contra unas enormes piedras que se asomaban a los bordes de la barranquera. Notó el chasquido, y acto seguido un intenso dolor que le recorrió todo el cuerpo. A pocos metros, el saco permanecía vacío. No era capaz de ver dónde había ido a

parar el animal. Después de tanto trasiego, malo sería que hubiera caído barranco abajo. Observó su pierna con los ojos entrecerrados. Se había quebrado la tibia; de la fractura, abierta en mitad de la pierna, brotaba sangre sin cesar. A lo lejos, las luces del pueblo hacía horas que se habían encendido.

Y así, mirando con recelo el objeto de sus desvelos, recostó la cabeza sobre el musgo de la piedra y pidió a Dios que lo socorrieran cuanto antes. Con la mirada fija en el camino, se percató de que un bulto rechoncho y malherido convulsionaba violentamente. Era la oveja, o al menos eso parecía, porque en unos segundos Juan observó aterrado que estaba creciendo; que su volumen aumentaba por momentos, hasta alcanzar la estatura de un gigante. Era una sombra, un espanto que sin formas ni rostro parecía dirigir una inexistente mirada a aquel que yacía postrado en el suelo. La lluvia arreciaba, golpeaba con tanta fuerza que hacía que el barro saltara mezclándose con la sangre que, ahora sí, formaba un pequeño charco bajo la cintura del herido.

«¡Tú otra vez! ¿Qué demonios quieres de mí? ¡No has tenido suficiente!», le gritó con rabia.

Las palabras de Juan Tomás retumbaron en mitad del bosque. Nadie le contestó, porque en realidad, nadie parecía estar escuchando sus súplicas. Lentamente, la sombra se fue acercando, disfrutando del miedo que brotaba a borbotones de los poros de aquel hombre. Había llegado la hora, o más bien, su hora.

Pero Juan no estaba dispuesto a irse de este mundo que tanto dolor le había hecho padecer sin saber por qué; sin ser consciente de quién era ese ente que como la dama de la guadaña le había rondado desde su más tierna juventud.

«¿Quién eres? ¡Hijoputa! ¿Por qué yo?», preguntó con el agua golpeando con fuerza su rostro.

De nuevo el silencio. El espanto continuó acercándose a la presa; ya no podía escapar. Los cielos enrojecieron, la nieve comenzó a caer de nuevo y Juan, muerto de frío y de miedo, cerró los ojos, con tiempo suficiente para ver cómo aquel ser se colocaba a su vera...



Don Gregorio, hombre sagaz, se percató de que en la roca sobre la que se apoyaba el difunto, grabado aprisa y con caligrafía deficiente, aparecía una frase que el moribundo dejó escrita. Seguro que hubo de ser lo último que pasó por su cabeza.

El médico colocó con cuidado las grandes lentes sobre su prominente nariz, e incapaz de traducir el mensaje, extrajo de su maletín un pedazo de papel, lo colocó sobre la superficie y comenzó a agitar el lápiz de carboncillo con el que marcaba las visitas en su agenda de un lado a otro, con rapidez. Pronto, el mensaje póstumo empezó a surgir sobre el papel. Don Gregorio empalideció; durante años habían juzgado a un inocente. El verdadero enemigo los acosaba, los observaba quién sabe si en esos mismos instantes...

Bartolomé, el guardia civil, sorprendido por el pulso tembloroso del doctor, posó su mano izquierda sobre el hombro de este.

«Señor, ¿está usted bien? ¿Qué escribió este desgraciado?», preguntó con desprecio evidente hacia el muerto.

Don Gregorio, con la mirada perdida en los bellos pinares de estas montañas ásperas, con la voz quebrada, leyó: «Juan, ¿es que no me conoces?».

Basado en... Cazorla y la leyenda de Requena

En lo más profundo de la sierra de Cazorla, allí donde nace el río Guadalquivir, existe un lugar que muy pocos conocen. Es el Cortijo de las Ánimas. Con tal nombre pocas dudas caben que algo importante hubo de ocurrir en el pasado para que alguien lo acabara llamando así. Llegar al lugar no es fácil, porque la mitad del recorrido hay que hacerlo por pistas forestales. Por eso, lo mejor es contratar los servicios de algún guía de las cercanas poblaciones de La Iruela, Cazorla o Villanueva del Arzobispo, que al margen de conducirnos a este enigmático enclave, nos mostrarán parte de los secretos que esconde esta sierra, bella como pocas. Y es que por las alturas aún permanecen los restos —gran parte excepcionalmente conservados— de los pueblos que habitaron, hasta bien entrada la década de los ochenta del

pasado siglo, los serranos, gentes de recio carácter y tradiciones ancestrales que permanecían la mitad del año aislados por las nieves, manteniendo intactas sus tradiciones y creencias, entre ellas unas supersticiones tan vivas y ancladas en tiempos pasados que su eco aún hoy resuena por estas montañas.

Dicho esto, añadiré que el Cortijo de las Ánimas tiene fama de maldito. No es una única construcción, sino más bien una cortijada en la que años atrás se amó, se trabajó, se sufrió y se hubo de pasar más de una madrugada apretados por el terror que ciertas historias llegaron a provocar. La del pastor Requena es una de ellas. A finales del siglo XIX, José Requena Carmona vivía en la alquería de las Ánimas. Su trabajo se había transformado en rutina; cada día partía de su hogar de camino a las cumbres, allí donde el rebaño rumiaba mejores pastos. Se conocía estas sierras como la palma de la mano, y también sabía que existían lugares por los que era mejor no rondar, pues decían los antiguos que por ellos caminaban a sus anchas endemoniados y otros seres de aspecto feroz. Y él, que era un tío valiente, aun así siempre fue lo bastante listo como para no tentar a la suerte. Nunca lo hizo, pero la suerte no siempre te da la cara...

Aquella jornada, las nubes cubrieron el cielo en cuestión de minutos. Se hallaba en una zona agreste, en la que salir demasiado deprisa era sinónimo de despeñarse por una barranquera. Con evidente malestar, el bueno de Requena fue reuniendo las cabras, ayudado por su fiel *Sultán*, un perro de muchos años y más experiencia.

El crepúsculo se fue haciendo con el entorno, más oscuro que de costumbre a la vista de la tormenta cercana. Había que acelerar el paso... Algo más de una hora después iniciaba el descenso. Los rayos caían con tanta fuerza que no hacía falta maldición alguna para que se precipitaran sobre su cabeza. Y el pastor era consciente de ello. Fue entonces cuando a lo lejos oyó el balido desesperado de una cabra. Y como el protagonista de nuestra ficción, Requena buscó al animal, lo encontró y, tras meterlo en el interior de un saco, se lo echó a la espalda y continuó el descenso.

Y así, conforme fueron transcurriendo los minutos, el pastor se fue haciendo a la idea de que el saco cada vez pesaba más.

«¿Cansancio? Es posible», pensó. Pero aquello ya no era normal. El animal apenas se movía, ya no lanzaba sus doloridos lamentos, y a cada segundo iba aumentando el peso.

Asustado, Requena frenó el paso. El silencio lo envolvía todo. En el interior de aquel fardo que no se atrevía a descolgar de sus espaldas ya no había vida, pero el peso era insoportable. A lo lejos, la tormenta había empezado a dibujar, como en una ceremonia ancestral, los rayos en la bóveda celeste. Fue entonces cuando, tras dejar el saco en tierra, decidió abrirlo... Cuentan los ancianos de la zona que lo que en aquel instante presencié Requena hizo que dos días más tarde muriera postrado en la cama, en silencio... muerto de miedo.

Desde el interior del saco unos ojos rojos como brasas encendidas lo observaban. Y a continuación, una voz profunda y desagradable le gruñó: «¡¿Peso, Requena?!». El hombre en esos instantes abandonó el animal, o al diablo, o a lo que demonios fuera, iniciando una huida a través de senderos de montaña que aún hoy en día se pueden recorrer...

La historia real... El mártir de Cambroncino

En las inmediaciones de Cambroncino, al norte de Cáceres, se halla la mayor reserva de agua de esta parte de Extremadura. Es el pantano de Gabriel y Galán, lugar en el que desde hace décadas se aparece una misteriosa luz a la que los habitantes de la zona llaman «luz de Ribera Oveja», en alusión al vértice del pantano en el que suele aparecer. Pues bien, la primera manifestación se produjo en el ya lejano año 1917. En aquellos duros tiempos, los hombres tenían que salir a recorrer los montes y senderos infectados de lobos para poder ganar unos cuantos reales y así seguir alimentando a sus familias. Nicolás Sánchez Martín, *el Colás*, era uno de ellos, hombre aguerrido que, según se afirmaba en la aldea, «no temía ni tan siquiera al propio miedo». Pero todo tiene su primera vez, y esa llegó una oscura y dramática noche. Colás estaba a punto de enfilear la recta del camino que desembocaba en el pantano, cuando a lo lejos observó una

extraña luz sobre las aguas que iba aumentando en intensidad. El hombre no pudo evitar un escalofrío. Sin tiempo para pensar, la luz de Ribera Oveja se abalanzó sobre las patas de su caballo, provocando el horror en el animal, que en un gesto instintivo se giró con violencia, tirando al suelo al bueno de Nicolás. Y allí quedó, pasmado, sin mover ni un dedo y contemplando la esfera que tenía frente a él, a unos pocos centímetros del suelo. Horrorizado, se levantó y emprendió la huida. Al llegar a Cambroncino, preso de un enorme *shock*, enfermó. Los habitantes de la aldea pronto supieron del insólito encuentro de Colás, y los nervios empezaron a apoderarse de todos. Más aún cuando la llegada del médico, don Víctor Hoyos, no aportó muchas respuestas a lo ocurrido.

La sangre de Colás se coagulaba en sus venas a gran velocidad, por lo que el doctor tuvo que aplicar los «botones de fuego», una suerte de hierros ardientes que calentaban la sangre del enfermo para que se diluyese bien y circulase mejor. De nada sirvieron. Tras el horrible encuentro, al cabo de tres días, Nicolás Sánchez Martín, hombre valiente y acostumbrado a defenderse de los peligros de la madrugada, fallecía en su hogar. El parte médico redactado tras el deceso advertía: «Causa de la muerte: enfermedad desconocida».



Aldea de Riomalo de Arriba, dependiente de la pedanía de Ladrillar, el lugar donde se apareció el misterioso ser.

Sin embargo, no fue el único en sufrir las enigmáticas apariciones de la «luz de Ribera Oveja». En la década de los cincuenta se volvieron a registrar varios casos, así como en los años ochenta y noventa del pasado siglo.

Otras historias de este entorno

La región de Las Hurdes es un lugar único al que no me canso de ir y al que recomiendo a todo el mundo que vaya. Porque contemplando los infinitos montes plagados de pinares, es fácil imaginar por qué el padre carmelita Juan Eusebio Nieremberg, en su obra *Curiosa Philosophiae*, allá por el año 1600, definía este territorio de la siguiente forma: «Existe en este reino un áspero valle infectado de demonios, un lugar que los pastores creen habitado por salvajes, gente ni vista ni oída de lengua, de usos distintos a los nuestros, que andan desnudos y piensan ser solos en la Tierra. Algún testigo declaró haberles oído voces góticas y otras imposibles de entender». Pero ahí no quedó la cosa. El evocar a los seres diabólicos, que se pensaba vivían entre las pizarras infinitas de las conocidas como dehesas de Jurde, era hacer mención a una tierra inhóspita y bella, por la que caminaban las legiones del mal. Y así, aislados en su siniestro microcosmos durante siglos, la endogamia provocó estragos, hasta el punto de que a comienzos del siglo XVII se aseguraba que dichas gentes pertenecían a otra raza de personas feroces, que vestían con pieles de cabra y hablaban un idioma desconocido para el resto del país. Durante siglos hubo médicos y antropólogos como el doctor Bidé que defendieron la tesis de la existencia de otra etnia diferente, que habitaba un valle a unos cuantos centenares de kilómetros de la corte. Incluso Lope de Vega especuló en su obra *Las Batuecas del duque de Alba* con que se tratara de una comunidad goda que habría permanecido aislada durante siglos, manteniendo su lengua, sus tradiciones y sus ritos. Sea como fuere, lo cierto es que por aquellas fechas se empezaron a realizar todo tipo de estudios antropológicos, destinados a desentrañar la procedencia de aquellas gentes dejadas de la mano de los dioses.

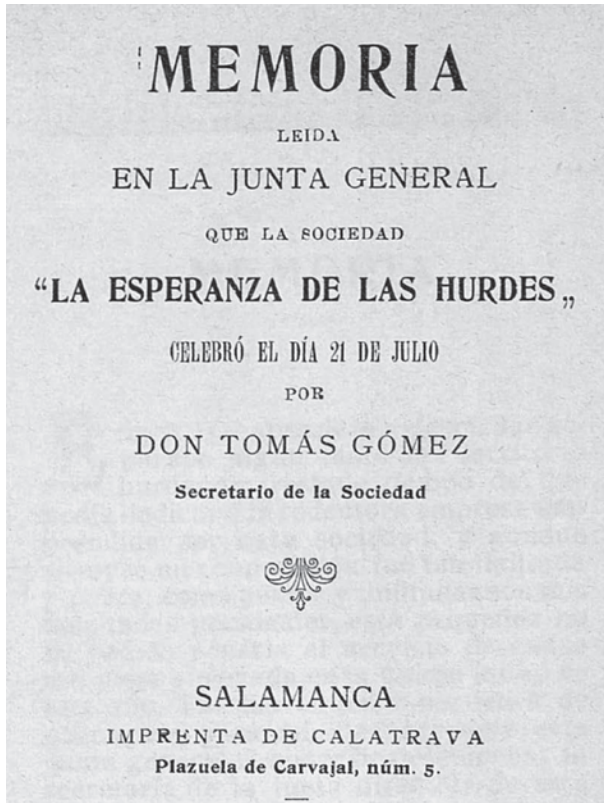
Pero no sería hasta el siglo XIX cuando un verdadero movimiento a favor del desarrollo de la zona se extendió por el territorio nacional. Había que sacar a aquellas gentes de una terrible situación que, en el año 1845, Pascual Madoz, en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España* definía con esta crudeza: «El aspecto exterior de las alquerías es tan mezquino que se confunde con el color y la escabrosidad del terreno, y se necesita alguna atención para conocer que allí hay un pueblo y seres humanos».

El espaldarazo definitivo para propiciar el cambio llegó en el año 1922, cuando Alfonso XIII visitó Las Hurdes. El monarca quedó espantado. Fue recorriendo pueblo a pueblo, de alquería en alquería, por caminos impracticables y a caballo, comprobando con ojos propios la horrible realidad de aquellos desarrapados. Ya en la aldea del Martilandrán, una de las más aisladas, el rey observó con horror las condiciones de insalubridad y decadencia en las que vivían una muchacha paralítica y su hermano, tullido. Cuentan las crónicas que Alfonso XIII salió de la covacha, construida con lascas de pizarra, con espanto en su rostro y llorando con amargura. A partir de entonces se ubicaron en territorio hurdano puestos de la Guardia Civil, centros de salud, y se afanaron en llevar a cabo un ambicioso plan de urbanismo, con el fin de comunicar mejor la región con el resto del país, una empresa difícil dadas las propias características del terreno.

De aquello poco o nada queda. En los últimos años, Las Hurdes se ha convertido en un auténtico, ahora sí, paraíso para los amantes del turismo rural. La transformación en apenas tres décadas ha sido espectacular. No obstante, aún permanecen en pie, el recuerdo de una etapa de su historia que no conviene olvidar, pueblos que se hunden en la montaña, de casas que parecen crecer en las agrestes laderas levantadas con sudor, esfuerzo y mucha pizarra.

De esos primeros viajes, que para mí y mi compañero de entonces, Iker Jiménez —apenas teníamos diecinueve años—, constituían una auténtica aventura no exenta de riesgos inesperados, aún guardo el recuerdo latente de los encuentros con estas gentes, que aunque nada tenían de paranormales, marcaron la trayectoria de aquellos dos muchachos que a cada regreso traían la pena aga-

rrada al corazón mientras improvisaban una canción como los trovadores de otro tiempo, porque en contraste con las comodidades de la gran ciudad, los habitantes de Las Hurdes quedaban allí, sumidos en la pobreza, atosigados por sus miedos, miedos que en estos abruptos terrenos tenían nombres y apellidos.



Folio de apertura de las actas del congreso en el que por vez primera se habló del duende del Ladrillar

EL DUENDE DE LADRILLAR

La historia de Ladrillar, una de las cinco cabezas de partido que hay en Las Hurdes, fue la que allá por el año 1992 me llevó por vez primera a visitar la región. Según recogían las actas del congreso de hurdanófilos, celebrado en Plasencia en el año 1908 por

la sociedad Esperanza de Las Hurdes, al margen de planteamientos más o menos lógicos que perseguían introducir a esta región en el tren del progreso, aunque fuera en vagón de cola, también se habló de tradiciones y leyendas, que aquí se daban por ciertas. Y esa fue, como digo, la primera vez que tuve la oportunidad de oír hablar del tétrico duende de Ladrillar. Allí se hacía referencia a un extraño ser, vestido de negro y que a partir de ciertas horas asustaba tanto a los habitantes del lugar, que estos, por miedo, no se atrevían a salir de las casas. Serafina Bejarano Rubio por aquellas fechas era una niña, y pasados los noventa aún recordaba las andanzas del siniestro personaje: «Era como un pájaro grande, negro, que se posaba en los árboles y estaba allí, junto al cementerio. No paraba de hacer un grito muy fuerte. Estuvo un tiempo y luego se fue». En el citado congreso se afirmó que al duende de Ladrillar no le quedó más remedio que morir, dado el empeño que puso en ello el párroco del pueblo Isaac Gutiérrez. La historia aún es recordada, ya que en ese lapso de tiempo se produjeron varias muertes inexplicables de niños, que los hurdanos asociaron a las andanzas del monstruo.

LAS *pantallas* DE ARROLOBOS

Vegas de Coria es el centro neurálgico de esta fantástica tierra. El rumor del cercano río Hurdano evoca aquellos terribles tiempos en los que la región poseía la tasa de mortandad infantil más alta de Europa, y en cuyas aguas se vivieron escenas dantescas que serían inmortalizadas en la película de Luis Buñuel *Las Hurdes, tierra sin pan*, estrenada en 1932 y que fue prohibida por el Gobierno, ya que «dañaba el buen nombre de la República». Y es que las cámaras captaron momentos en los que, para desplazar los cadáveres de los niños desde las Hurdes Altas a lugares menos montañosos, los padres, desesperados, descendían por los senderos con los ataúdes a hombros, y pasaban el río con la caja flotando sobre las aguas.

Pues bien, en Vegas de Coria se desató el miedo a partir del año 1983. Los habitantes del lugar no se atrevían a salir a la calle

pasado el crepúsculo, por temor a encontrarse con las *pantallas*, unas siluetas altas y estilizadas que ya se habían manifestado ante varios vecinos. De hecho, se llegaron a organizar batidas para dar caza a estos espantos, circunstancia de la que se hizo eco el diario *Hoy*. La psicosis se extendía como la pólvora, más aún cuando uno de los miembros más ilustres de esta comunidad, Eusebio Iglesias, al regresar caída la noche al pueblo, en la cercana curva que conducía a la aldea de Arrolobos, se encontró con una de estas extrañas sombras errantes. El horror lo dejó paralizado, especialmente cuando el siniestro ser, acercando su rostro al del aterrado testigo, le susurró: «¿Es que no me conoces...?».

Este fue uno de tantos encuentros que allí se han producido desde hace años, en los que muchas personas afirman ver a estos personajes, en ocasiones solos y otras acompañados por varios más, saltando los riscos con una agilidad impensable, encendiendo lumbres de las que después no queda rastro, y asustando, en definitiva, a unas gentes que desean que alguien les dé una explicación...



Las reuniones de los ancianos de las alquerías están repletas de historias que hablan del universo oscuro y tenebroso de Las Hurdes. Pocos pueden acceder a estas ceremonias centenarias. Nosotros lo hicimos...